



Universidad de Chile

Facultad de Filosofía y Humanidades

Departamento de Literatura

# ***El Abencerraje* y los Romances, dos Lecturas de la España del siglo XVI**

Informe para obtener el grado de Licenciada en Literatura Hispánica con  
mención en Literatura

Alumna:

Claudia Andrade Daneri

Profesora guía:

María Eugenia Góngora

Santiago, 2005

# A modo de Introducción

## *Identidad, imagen, representación*

A lo largo de las investigaciones y discusiones realizadas durante nuestro seminario sobre Imágenes y Representaciones del Islam y los musulmanes en la Literatura española, hemos revisado un conjunto de textos que nos permiten rastrear, reconstruir y reelaborar las distintas modalidades de representación del mundo islámico durante nueve siglos de literatura – y de historia- en la península ibérica, y particularmente en España.

La noción y el nombre de España aparecen ya en San Isidoro de Sevilla, autor que vivió y trabajó bajo el dominio visigodo. Una de sus obras incluso lleva por título *Elogio de España*. Esta incipiente identidad será además profundizada a partir del siglo VIII con la conquista de la península por parte de un grupo militar proveniente del norte de África y recientemente convertidos al Islam. Este hecho marcará para siempre la historia y las representaciones de las ‘identidades’ de España en proceso. Dichofenómeno puede percibirse tanto en los escritos de autores cristianos como de los autores musulmanes.

Para nuestro trabajo de seminario hemos escogido en particular aquellos textos que, por sus características genéricas, nos han parecido más adecuados a una búsqueda de representaciones e imágenes que *crean* identidades y que a su vez permiten el surgimiento de nuevas representaciones. En este marco, para la literatura de autores cristianos, hemos elegido sobre todo relatos épicos e históricos, libros de viajes, poesía lírica, novelas y *El Quijote*. En el ámbito de la literatura hispano-árabe, hemos escogido ejemplos de la poesía lírica y mística, que nos pueden dar indicios en el sentido de nuestra investigación.

La noción de identidad, y en especial de la ‘identidad nacional’ ha sido objeto de un importante proceso de reflexión tanto en el mundo oriental, como en el mundo occidental-europeo, sobre todo desde el romanticismo alemán. En este sentido, creemos que el aporte de Bernardo Subercaseaux<sup>[Note1.](#)</sup> sobre el tema -visto desde Chile- nos puede servir para poner en el tapete los aspectos más relevantes de la discusión reciente, y nos permitirá contrastar las nociones de identidad con aquellas que hemos podido constatar en nuestra propia lectura de los textos medievales, así como en autores que han reflexionado sobre la identidad española en su contacto con el Islam.

De acuerdo a Subercaseaux, “La visión más tradicional concibe a la identidad cultural de un país— o a la identidad nacional—como un conjunto de rasgos más o menos fijos, vinculados a cierta territorialidad, a la sangre y al origen, como una esencia más bien inmutable constituida en un pasado remoto, pero operante aún y para siempre. Se habla de una identidad cultural estable para diferenciarla de procesos identitarios transitorios o inestables, o de microidentidades (barrio, club deportivo, edad, etc.), también se habla de identidades sociales como la de determinado sector o clase y de identidades individuales, como la de género”<sup>[Note2.](#)</sup>.

Para Subercaseaux, esta idea más tradicional, llevada a un extremo, tiende a ‘sustanciar’ la identidad, lo que desemboca en una percepción negativa de toda posible alteración de la

misma. Sí, porque vista de este modo, “la identidad implicaría siempre continuidad y preservación de ciertos rasgos acrisolados en el pasado; se vería, por ende, continuamente amenazada por aquello que implica ruptura, pérdida de raíces, vale decir, por el cambio y la modernidad. Tras esta perspectiva subyace una visión de la cultura como un universo autónomo, con coherencia interna, como un sistema cerrado que se sustrae de la historicidad”<sup>Note3</sup>. Así, la historicidad es concebida como un relato que nos une, a partir de un origen que puede ser mítico, en la cual el desarrollo y la invasión cultural implican una interrupción, una interferencia de este relato fundacional.

En el siglo XX, por otra parte, ha surgido una nueva postura que, probablemente está atravesada por la constatación de múltiples rupturas políticas y sociales, y que ha afectado la idea tradicional de identidad nacional. Esto afecta el concepto de modo que se concibe la identidad como algo meramente imaginario y discursivo, como un objeto creado por la comunidad o por los intelectuales e historiadores. “La identidad desde esta perspectiva no es un objeto que exista independientemente de lo que de él se diga. Para los autores que sostienen esta postura de tinte posmoderno, la identidad es una construcción lingüístico-intelectual que adquiere la forma de un relato, en el cual se establecen acontecimientos fundadores, casi siempre referidos a la apropiación de un territorio por un pueblo o a la independencia lograda frente a los invasores o extraños”<sup>Note4</sup>.

Históricamente, podemos distinguir varias etapas en la construcción de la idea de ‘nación’ y de ‘identidad nacional’:

En primer lugar, la nación es una construcción política de la modernidad. No siempre existieron naciones; de hecho, hasta por lo menos el siglo XVII predominaron otras formas de organización política o de territorialización del poder como por ejemplo, los imperios o las ciudades mercantiles (particularmente las ciudades flamencas e italianas medievales). La nación, o más bien la forma Estado-Nación como realidad o como ideal político-institucional, se instala en el mundo europeo a partir de la Ilustración y la Revolución Francesa. La idea de que la humanidad está naturalmente dividida en naciones, de que hay determinados criterios para identificar una nación, proviene de este desarrollo particular del pensamiento europeo.

En el ámbito de la Ilustración, la nación aparece definida políticamente. La idea de ‘contrato social’ (que constituye una de las bases filosófico-políticas de la democracia), la idea de la nación como una unión de individuos gobernados por una ley y representados por una asamblea de la que emerge la ley (base de la distinción entre los poderes ejecutivo, legislativo y jurídico) son ideas todas que implican una definición político-institucional de la nación. En esta perspectiva democrática, el concepto de nación implica la existencia de un Estado y también una base territorial. A partir de esta definición política de la nación se generaliza la forma Estado-Nación como forma jurídica, como territorialización del poder, como discurso ideológico de integración, como parámetro para la organización de la educación, como armadillo de poder del Estado para integrar a sus ciudadanos y de la cultura.

Sin embargo, esta integración que constituye tal proceso, establece también—necesariamente— otro fenómeno que le es contrario, pero al mismo tiempo consustancial. Es el proceso de exclusión, que tan bien describe y analiza Michel Foucault en varias de sus

obras<sup>Note5.</sup>. Necesariamente el incluir presupone también un *excluire lo Otro*. Para poder demarcar límites, en este caso en el ámbito de la nación, se debe prescindir de otros aspectos que quedarán marginados. Así, es como se conforman estos ‘espacios de exclusión’ donde para Foucault, surgen los ‘anormales’. Estos individuos indóciles serán castigados y aislados de la cercada esfera de lo reconocido como ‘legítimo’ por las fuerzas del poder que operan en toda cultura. De este modo, estos ‘espacios de exclusión’ aparecen en la escena del conflicto con el Otro, tras ejercer una necesaria reclusión y castigo de ese *delito* de alteridad.

Sobre esta misma problemática, Tzvetan Todorov, en su texto *La Conquista de América: El problema del otro*<sup>Note6.</sup>, nos propone una tipología de las relaciones con el Otro. Plantea que hay que partir de la base de que las relaciones de alteridad siempre se dan en varias dimensiones, y por lo tanto, es necesario dar cuenta de las diferencias que se configuran en la realidad; por ello, habría que distinguir tres ejes de relación con la Otredad: un plano axiológico en el cual se emiten juicios de valor con respecto al Otro: éste es bueno o malo, se le quiere o no, es igual o inferior a mí<sup>Note7.</sup>. En segundo lugar, Todorov plantea la existencia de un plano praxeológico, en este plano se da una relación de acercamiento o alejamiento con el Otro. Desde aquí se desprenden tres tipos de relación; en el primero, me identifico con el Otro, hago míos sus valores y principios, es decir, lo asimilo; en el segundo, acerco al Otro hacia mí, y le impongo mi imagen, en una acción que implica subordinación; el tercer tipo de relación es simplemente el de la indiferencia, en el cual no adopto o tomo ningún tipo de acción frente al Otro. Por último, un tercer plano, el epistémico, es el plano del conocimiento, que depende del grado en que conozco la identidad del otro, y desde ese punto de vista, hay una existencia de grados infinitos del tipo de conocimiento, desde el mínimo hasta el grado superior (desde una perspectiva ficticia, ya que nunca lograremos el conocimiento total del otro).

Estos tres planos de relación con el Otro se relacionan también entre sí. Aún cuando esto ocurre, ninguno de ellos se puede reducir al otro, ni menos predecir a partir del otro, porque no hay una implicación rigurosa entre ellos. Los tres son autónomos, y en cierta manera, elementales. Para entender mejor esto último, es ilustrativo el ejemplo que señala Todorov en relación a lo que se vivió en América desde el siglo XVI en adelante: “Las Casas conoce a los indios menos bien que Cortés, y los quiere más; pero los dos se encuentran en su política común de asimilación. El conocimiento no implica el amor, ni a la inversa; y ninguno de los dos implica por la identificación con el otro, ni es implicado por ella.”<sup>Note8.</sup> En síntesis, Todorov define estos planos de relación como ‘Amar’, ‘Conquistar’ y ‘Conocer’; aunque estos planteamientos surgen siempre de su estudio sobre el ‘Descubrimiento’ de América, se puedan extrapolar, sin duda, a otras experiencias históricas.

Por su parte, Jean Baudrillard y Marc Guillaume aportan una útil sistematización del tema en *Figuras de la Alteridad*<sup>Note9.</sup>. Para estos autores, existen al menos dos tipos de alteridad o más bien dos etapas posibles en la comprensión del Otro:

En primer lugar, una *Alteridad radical*, es decir, la aversión a lo radicalmente heterogéneo. En el Otro siempre existe -por una parte- el prójimo, aquello que de él puedo asimilar y comprender, a pesar de que es distinto de mí. Pero también percibo en él lo inasimilable,

incomprensible, aquello que es incluso impensable. Esta es la llamada *alteridad radical*, que siempre constituye una provocación que, por ser tal, está destinada al olvido en la memoria y en la historia, o a la reducción del prójimo a una total e impensable alteridad. Se produce así la incapacidad de comprender lo que juzga inconmensurable y desconocido; por otra parte es también la incapacidad de vivir el *exotismo*, para dar lugar sólo al *turismo*, porque “sólo es posible hacer un tour en un terreno ya conocido”<sup>Note10.</sup>; esto es lo que lleva a los autores a concluir que “reducir al prójimo es una tentación muy difícil de evitar, puesto que la alteridad absoluta es impensable y, por lo tanto, está destinada a la reducción; pero al menos siempre constituye una provocación”<sup>Note11.</sup> Esta *reducción* del otro es lo que Marc Guillaume destaca como conducta propia de nuestros tiempos “si no eres como yo, te excluyo o te mato”<sup>Note12.</sup>

“El encantamiento del otro, que debe ser aceptado y respetado en sus diferencias, se funda en la eliminación de las alteridades radicales. Lo que está en juego en estas perspectivas de análisis, de política y de ética es la *gestión social del prójimo* en un espacio cultural que toma *al prójimo por el otro*”<sup>Note13.</sup> Hemos desplazado hacia lo inhumano las razas inferiores, para luego desplazar (tal como una y otra vez advierte Foucault) a locos, ancianos, niños, etc. Se da así una *elipsis* del otro, un relacionarse sin verse, un encontrarse sin enfrentarse.

Pero “en el otro se esconde una alteridad ingobernable, amenazante, explosiva; aquello que ha sido embalsamado o normalizado puede despertar en cualquier momento”<sup>Note14.</sup> En este mismo sentido podemos adoptar (y adaptar) las definiciones de identidad y de la ideología colonizadora, (el *Orientalismo*, en términos de Said) que se produce y se reproduce en la relación entre Francia y Gran Bretaña y los países árabes, sobre todo a partir del siglo XIX, un aspecto que desarrollaremos más adelante.

#### *Ideas de nación, de comunidad, de etnia*

Ya en el siglo XVIII y XIX “(...) en la tradición romántica alemana se gesta una concepción cultural de la nación casi en antagonismo con la concepción exclusivamente política de la misma. En esta concepción la nación pasa a ser definida por sus componentes no racionales ni políticos, sino por el lenguaje, por las costumbres, por los modos de ser, por su dimensión simbólica, por la cultura. Contra la universalidad ilustrada y abstracta, el romanticismo alemán rescata los particularismos culturales, la individualidad y el sentimiento, lo singular e infraintelectual. Dentro de esta concepción de nación, el nacionalismo se convierte en un rescate de aquello que es más particular de un pueblo: la lengua, las costumbres, las tradiciones, los modos de ser, los refranes, etc. En esta perspectiva, la base de la nación pasa a ser no tanto una frontera geográfica y política, sino un hecho espiritual: la nación es antes que nada alma, espíritu, sentimiento, y lo secundario es la geografía o la materia corpórea”<sup>Note15.</sup>

En este sentido, podemos percibir que los relatos épicos, genéricamente determinados, ‘producen’ y explican los conflictos identitarios, creando héroes y anti-héroes y demarcando necesariamente un espacio territorial que es al mismo tiempo cultural, en el que se pueden distinguir claramente la aparición de un ‘nosotros’ y de un ‘los otros’ o ‘el Otro’. Tal como lo hemos planteado en la fundamentación de la elección de nuestro corpus,

“(…) La identidad nacional desde esta perspectiva siempre tendrá la estructura de un relato y podrá ser escenificada o narrada como una epopeya, como una pérdida o tragedia, como una crisis o como una evolución y proyecto”[Note16.](#)

Sin embargo, apunta Subercaseaux, en esta perspectiva “la nación, más que una comunidad histórico-política o un dato geográfico, sería una comunidad imaginada, una elaboración simbólica e intelectual, que se constituiría en torno a la interpretación del sentido de la historia de cada país. Se trata de una postura que en su grado extremo disuelve la identidad y elimina el referente...”[Note17.](#)

Por su parte, Benedict Anderson, representante excepcional de la postura ‘constructivista’ en materia de identidad nacional, define el concepto de ‘nación’ como “una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana”[Note18.](#) Para Anderson, una nación es imaginada debido a que incluso los miembros de la nación más pequeña no conocerán nunca a la mayoría de sus compatriotas; sin embargo, en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión.

Asimismo, se imagina limitada porque, no importando cuán grande sea la nación, ésta siempre tendrá fronteras finitas, si bien elásticas. Más allá de estas fronteras se encuentran otras naciones. Ninguna nación se piensa a sí misma con las dimensiones de toda la humanidad. Ni siquiera los nacionalistas más mesiánicos sueñan con que todos los miembros de la humanidad serán parte su nación, como en ciertas épocas pudieron pensar, por ejemplo, los cristianos.

Se imagina soberana porque el concepto de nación nace en una época en que los movimientos revolucionarios y el pensamiento ilustrado estaban acabando con la legitimidad de los órdenes jerárquicos. De este modo, la garantía y emblema de esta nueva libertad está conformada por el concepto de Estado soberano.

Se imagina como comunidad, porque sin importar la explotación y la desigualdad que pueda existir en cada caso, la nación se concibe siempre como un compañerismo profundo, horizontal.

Subercaseaux, por su parte, se sitúa en una posición intermedia frente a los planteamientos de Benedict Anderson, ya que su reflexión en torno a la identidad admite e integra dos aspectos: uno discursivo e imaginado, y otro ‘constatable’: extradiscursivo, material y empírico.

Así, el aspecto discursivo estaría mediando a un referente que es constatable tanto empírica como históricamente. Desde este punto de vista, la nación es al mismo tiempo un “dato geográfico y una territorialización histórico-política del poder”[Note19.](#), así como una construcción intelectual y simbólica.

Otro concepto que resulta interesante atraer a la discusión es la idea de ‘etnicidad’ y más específicamente, es el de ‘identidad étnica’. Éste surge en oposición al concepto de raza, el cual tiene un carácter ‘biologizante’ con respecto de las diferencias culturales. En contraposición al concepto de raza, el concepto de etnicidad pondrá el énfasis en aspectos

históricos y culturales. Para los constructivistas la identidad étnica además de ser una forma de habitar el mundo y crear formas sociales es una red de relaciones de poder con tendencia a naturalizar las prácticas sociales. El concepto de etnia refiere a lo que podemos denominar categorías relacionales entre agrupaciones humanas, formadas sobre todo por representaciones compartidas y lealtades morales y no tanto por rasgos raciales y culturales específicos.

La identidad étnica es el ‘autoconcepto’ que se construye a partir del patrimonio cultural y de la memoria histórica. Desde lo individual se deriva la identificación de la pertenencia a una colectividad o grupo, lo que permite diferenciarse de quienes no ‘comparten las mismas orientaciones y sentidos’<sup>Note20</sup>. Se define ‘lo que somos’, lo que caracteriza ‘nuestro grupo’, a partir de lo que nos diferencia de otras colectividades. Es decir, somos necesariamente lo que, por definición, *no* son los otros. En cierto modo la identidad étnica es una forma de ‘rotulación’; una persona se ‘autoclasifica’ y clasifica a los demás individuos o grupos bajo diversas categorías (grupos étnicos), a los cuales atribuye determinadas características (vestimenta, lenguaje, tipo racial, comportamiento social, valores, religión, etc.). Estos factores adquirirán así un carácter valorativo y serán usados por los individuos para organizar las relaciones sociales tanto dentro de su mismo grupo como en su relación con otros.

Por otra parte, la identidad étnica supone una continuidad histórica, en la cual los significados valóricos, cotidianos, morales y emotivos se transmitirán de una generación a otra. Su rango se superpone a otras características del grupo y, debido a ello, regula las diversas identidades sociales. La identidad étnica opera siempre: no puede ser ni eliminada ni puesta en suspenso.

Existe una extensa literatura sobre estos problemas; en relación con nuestro tema específico en este Seminario, los planteamientos de Edward Said, así como el pensamiento de Américo Castro sobre la realidad histórica de España, y los ensayos de Juan Goytisolo, serán fundamentales.

Ni siquiera el observador más superficial e ingenuo de la literatura española podría omitir el lugar central que ocupa el Islam dentro de la escenografía mental hispánica. La presencia del ‘moro’ -odiada, temida, amada- nutre la cultura de la península desde hace de doce siglos. Sin embargo, con respecto a las creaciones de la literatura española que incorporan o tratan el tema ‘moro’ u oriental, Goytisolo pone en manifiesto un importantísimo factor: “Puesto que la objetividad absoluta no existe, la empresa de describir al otro lleva siempre la marca del lugar de origen”<sup>Note21</sup>. Para Goytisolo, es imposible que un autor pueda reproducir un universo ajeno desde un punto de vista neutral. La sociedad re-presentada será siempre descrita desde un determinado enfoque, de cuyos límites y emplazamientos debemos estar plenamente conscientes.

En el contexto de la Península Ibérica, dividida entre Españoles y Musulmanes, la situación no presenta mayores diferencias. Es posible establecer un contrapunto entre un historiador clásico como Américo Castro (1885–1972) y un ensayista y narrador actual, como Juan Goytisolo (1931).

Para Américo Castro, “(...) la España medieval es el resultado de la combinación de una actitud de sumisión y de maravilla frente a un enemigo superior, y del esfuerzo por superar esa misma posición de inferioridad”[Note22.](#), pero que resultaría bastante tardía: recordemos que entre la llegada de los musulmanes y la primera gran obra literaria conocida (El *Poema del Cid*) median más de cuatrocientos años. Sería éste un fenómeno que puede clasificarse como ‘somnolencia hispánica’.

Luego Castro insiste “(...) en el hecho, muy sabido, de que en la Edad Media no hubo completa separación geográfica y racial entre cristianos y musulmanes. Ya mencionamos a los mozárabes, los cristianos bilingües establecidos entre los musulmanes, que desde los primeros siglos emigraban a veces a tierras cristianas, y que se trasladaron en masa durante las invasiones de almorávides y almohades de los siglos XI y XII [debemos mencionar asimismo a] los llamados “mudéjares”, los moros que vivían como vasallos de los reyes cristianos, influidos por la tolerancia de los cuatro primeros siglos de islamismo”[Note23.](#)

Al respecto, Goytisolo señala: “Salvo el caso de unas pocas excepciones individuales (...) la visión castellana del musulme es una simple reproducción invertida, un negativo fotográfico”[Note24.](#) En esta perspectiva, el Otro, demasiado cercano aunque inasimilable e imposible de domesticar, se convierte en un negativo. Así, “ambas entidades abstractas, Occidente e Islam, se apoyan y reflejan una a otra, crean un juego dialéctico entre sus imágenes especulares”[Note25.](#)

Este mismo autor afirma, por otra parte que la figura del moro en España será tratada según dos procesos paralelos. Por un lado, la imagen del moro sufre un proceso de idealización. Hasta el siglo XV la convivencia, rivalidad y permeabilidad de ambas culturas dio pie a diversas manifestaciones, artísticas y literarias, de carácter simbiótico. Ya en el siglo XVI, la decadencia militar de los musulmanes, el bajo nivel cultural de los moriscos sojuzgados y la situación de marginalidad en la que se encontraban, modificaron la mirada de los cristianos hacia sus antiguos enemigos. De esta forma, se produce una exaltación mítica – en un plano exclusivamente literario, advierte Goytisolo-, del enemigo abatido. Al mismo tiempo, en la realidad cotidiana, el desprecio y la intransigencia de los cristianos hacia los moriscos, compatriotas distintos e inasimilables, se hizo cada vez más aguda.

Al cesar la amenaza militar de los musulmanes, los cristianos se sintieron atraídos hacia ese mundo. La añoranza de ese pequeño universo en vías de desaparición motiva los más diversos relatos, en los cuales los moros son presentados ataviados generosamente de atributos y cualidades. De manera similar, los rasgos positivos del espacio morisco se acentúan. Este fenómeno se conoce con el nombre de ‘maurofilia’ literaria[Note26.](#)

Goytisolo apunta que el escenario morisco -a partir de las traducciones del *Abencerraje* [Note27.](#) y otras obras españolas similares- seduce a los escritores y artistas de toda Europa. Desde entonces el tema oriental y morisco no aparecerá en la literatura hispana desde lo propio, es decir, desde la intimidad y convivencia de ambas razas en la península, sino como adaptación y copia de modelos anglofranceses.

Los tópicos ‘antimoriscos’ de los cronistas medievales y de los poetas del romancero volverán a aparecer tres centurias más tarde. Incluso ya entrado el siglo XX, en el marco de

la Guerra Civil española, la imagen del moro salvaje y vil reaparece con una fuerza inusitada en el *Romancero de la guerra de España*. Resulta fundamental destacar que en ninguno de estos casos los autores se inspiran en personas reales: estas figuras son monstruos y fantasmas de una escenografía mental creada por - y para- Occidente, o en este caso, por - y para- España<sup>Note28.</sup>. “Los prejuicios milenarios sobre los árabes y el Islam se han insinuado en el inconsciente colectivo de Occidente a un nivel tan hondo, dice Djait, que cabe preguntarse con temor si podrán ser extirpados jamás.”<sup>Note29.</sup>

El tratamiento de la figura del moro a lo largo de más de doce siglos de literatura en la península Ibérica y en Occidente en general, da pie a un nuevo problema. “Entre el mundo ancho y ajeno, y el texto que presuntamente lo describe, nos remitimos por regla general al último. Cuando este corpus escrito abarca varios siglos y disciplinas adquiere un poder formidable y la visión textual oscurece o eclipsa por completo la realidad”<sup>Note30.</sup>. De esta forma, Oriente se convierte en un ‘topos’, una red de referencias. Oriente y el Islam son representados según un entramado de conceptos e imágenes, pero estos no se conectan con una experiencia concreta ni se asientan en la realidad, sino con una vasta red de fantasías, deseos, represiones y fantasmas. La visión textual, ya interiorizada, anula la realidad, incluso llega a crear los hechos sobre los cuales se afirma.

Por último, Goytisolo problematiza el hecho de que la literatura española haya sido, y en algunos casos siga siendo, analizada en virtud de sus coordenadas latino-cristianas. Aun a lo largo del siglo XIX el pasado morisco de la península Ibérica era visto como una especie de injerto foráneo y exótico. En la opinión de Goytisolo, el aporte de Américo Castro resulta fundamental para encaminarnos hacia un análisis más certero de la literatura española. La vieja tesis del influjo superficial y efímero del Islam sobre la literatura española resulta muy difícil de sostener en virtud de los últimos estudios. Recordemos que Castro admitió haberse encontrado frente a un problema al intentar caracterizar la presencia del Islam en España: “Cuando en 1938 escribía un ensayo sobre ciertos problemas de los siglos XV y XVI, noté cuán difícil era *introducir* lo islámico en el cuadro de la historia, o prescindir de ello, y acabé por soslayar la cuestión indebidamente.”<sup>Note31.</sup>

La multiplicación de los análisis y ensayos sobre el tema, venidos de distintos campos y disciplinas, dan cada vez más luces acerca del fecundo mestizaje cultural románico- arábigo que configura un amplio sector de la literatura española.

### *Oriente y Occidente*

Como habíamos mencionado anteriormente, una figura fundamental en la discusión sobre el complejo intercambio entre Oriente y Occidente es el intelectual palestino Edward Said, ya que sistematiza este conflicto de una manera excepcional en su obra clave, *Orientalismo* (1978)<sup>Note32.</sup>.

En dicha obra, Said intenta establecer una descripción fundamentada del proceso de formación de los estereotipos sobre el Islam y los musulmanes, cómo y cuándo se constituyeron los mecanismos por medio de los cuales se establecen estas ideas que, en el marco de un saber general, intentan salir de la particularidad para hacerse universales. A través de su obra, vemos cómo esto se trata de una elaboración ‘consciente y continuada’

que obedece a los intereses del poder dominante en los momentos respectivos. “Cultura y poder se entremezclan invadiéndose mutuamente, haciendo muchas veces difícil la lectura de sus respectivos intereses”<sup>Note33.</sup> Así, el ‘orientalismo’ entrega una visión de Oriente acabada, acotada y cerrada. Para Said la relación de Oriente y Occidente es una relación de poder, en la que el segundo subordina al primero, para emitir una noción colectiva de ‘nosotros’ contra los ‘otros’, todos aquellos que no son europeos. “Said se pregunta cómo la filología, la historia, la lexicografía, la teoría política y la economía se pusieron al servicio de una visión del mundo tan imperialista como la que propone el orientalismo, cómo se reproduce esa visión y se amolda a las diferentes épocas”<sup>Note34.</sup>

El proceso intelectual de dominación y poder, que Said denomina ‘orientalismo’, permite a las colonias europeas formar una mentalidad e imagen orientales con el fin de ponerse en contacto con Oriente: El ‘orientalismo’, pues, aparece como visión política de una realidad, destacando la superioridad de Europa, del ‘nosotros’ occidental sobre ‘lo extraño’, es decir el Oriente, ‘ellos’. La base del análisis orientalista se sitúa en el método de ‘oposición binaria’: dos mundos, dos estilos, dos culturas, Oriente y Occidente. Estableciendo diferencias entre ambas culturas y un muro infranqueable, Occidente obtendrá el poder y control del Otro.

Para Said, la relación entre los ‘orientalistas’ y su objeto (Oriente) sería en un comienzo textual, que llama ‘fase textual del orientalismo’ tanto de investigación erudita como literaria. De ahí entonces la aparición ‘literatos e intelectuales orientalistas’ como Flaubert, Nerval, Víctor Hugo, Goethe y otros. Así, Europa estudia y define al mismo tiempo Oriente, como el dominador al dominado, estableciendo en esta primera etapa ‘textual’ las bases para el desarrollo posterior del ‘orientalismo’. Se crean estereotipos que favorecen el pensamiento occidental, tales como la imaginiería sobre Mahoma, como un ser que compendió en sí mismo la falsa revelación, la lascivia, el libertinaje, y todo tipo de pecados. Occidente convierte a Oriente a su gusto y favor, en su propio beneficio, sabiéndose superior en todos los aspectos: “Vemos que la base del sistema orientalista es cerrada. Los eruditos no realizan estudios con el ánimo de conocer “al otro”, sino con la intención preestablecida de confirmar sus propias visiones, ya que éstas han de servir a la consolidación de la superioridad occidental. Da la impresión que, desde el principio, el orientalismo asume su dimensión política al servicio de una cultura determinada, en este caso la europea, que necesita demostrarse a sí misma su superioridad (...) Todas las ideas contenidas en estos textos van a ir dando legitimidad a un vocabulario y a un discurso particular sobre Oriente y el Islam. En resumidas cuentas, están construyendo una visión de profunda fuerza que se irá incardinando en la mente colectiva de los occidentales, incorporándose sus figuras y símbolos de manera insistente hasta llegar a formar parte de la herencia común, de la ideología colectiva que se sitúa en la base de su identidad”<sup>Note35.</sup>

Europa asume la labor de ‘redimir’ a Oriente para otorgarle una ‘civilización’ y sacarlo de la barbarie en que está sumido; esta tarea incluye la labor de formular, definir y codificar a Oriente, dando por hecho que esta región carece de ‘definición’, Europa le impone de este modo una identidad que no le es propia: “No crea un mero conocimiento, sino que pretende crear la realidad que describe. Con el paso del tiempo, estos textos van conformando una tradición, instituyendo un discurso”<sup>Note36.</sup>

En la Modernidad, la fase de investigación textual dará paso a los viajes, tanto de aventureros que se embarcaban a Oriente, como de historiadores, escritores y académicos que necesitaron establecer puntos de comparación para consolidar, por oposición, la identidad europea; por esta razón comienzan a proliferar categorías y estratificaciones de carácter psicológico y moral<sup>Note37.</sup>. “Said nos presenta a los “héroes inaugurales” del orientalismo moderno: Silvestre de Sacy, Ernest Rénan y Lane, quienes colocaron al pensamiento orientalista sobre una base racional y científica, creando un vocabulario y un cuerpo doctrinal que podría ser usado en adelante por todos los que accedieran al campo de estudios orientalistas.”<sup>Note38.</sup>

A mediados del siglo XIX, Said advierte que en Europa la investigación se convierte en una actividad institucionalizada, normalizada. Con el tiempo, el ‘orientalismo’ dejará de ser cosa de ‘aficionados vocacionales’ para convertirse en un quehacer institucionalizado en claustros universitarios, sociedades asiáticas, centros de estudios geográficos y departamentos ministeriales; todo ello significa que la ciencia comienza a legitimar estos estudios sobre Oriente. Por tanto, el ‘orientalismo’, más que una doctrina, es una poderosa tradición académica de interés para empresas, gobiernos, ejércitos, lectores, geógrafos, etc. Oriente se concibe así como una forma concreta de conocimiento de seres humanos, culturas y lugares siendo, al mismo tiempo, una herramienta fundamental de los políticos para comprender su discurso. Así, las ideas derivadas de estos conceptos se transmiten generacionalmente, llegando a formar parte de la cultura, coherente, repetida y reformulada. “Este estado de la cultura, hizo posible el establecimiento de categorías indiscutibles, hitos de referencia que había que usar en la política, los estudios de religiones comparadas, el arte, la literatura o la historia. Se creaban así unos límites entre los seres humanos, fronteras que delimitaban las razas y las culturas, deformando la visión humana de lo concreto, y desviándola hacia los aspectos regresivos. Las referencias a los nativos contemporáneos, han de remitirse a la horma original, que se irá retroalimentando en cada cita, en cada referencia. Esta “remisión” es precisamente, según nos dice Said, la disciplina del orientalismo”<sup>Note39.</sup>. Así, musulmanes y judíos se estudian y pueden comprenderse sólo desde el punto de vista de sus orígenes primitivos<sup>Note40.</sup>.

Luego de reafirmar que el Islam ha sido continuamente mal representado en Occidente, Said reflexiona acerca de la posible veracidad de estas las representaciones, inevitablemente ligadas a la lengua, cultura, institución, o política en que las que surgen; llega a la conclusión de que toda representación está “comprometida, entrelazada, incrustada y entretejida con muchas otras realidades, además de con la ‘verdad’ de la que ella misma es una representación”<sup>Note41.</sup>. Por lo tanto, las representaciones ocupan un sitio en las tradiciones del pensamiento determinadas por la historia, por una ‘tradición común de discurso’. Las representaciones, por tanto, tienen siempre un objetivo. El orientalista es quien proporciona a su propio medio intelectual, a su propio medio intelectual y cultura aquellas las representaciones de Oriente, que se adaptan a aquello que el discurso oficial necesita respondiendo a las necesidades nacionales, políticas, económicas etc. de su época<sup>Note42.</sup>.

Para terminar, Said señala que “[no pretende] sugerir que existe una realidad que es el Oriente real o verdadero (Islam, árabe o lo que sea) ni tampoco consiste en confirmar la situación privilegiada de toda perspectiva ‘interna’ frente a cualquiera que sea ‘externa’

(...) lo que he pretendido decir es que ‘Oriente’ es por sí mismo una entidad constituida y que la noción de que existen espacios geográficos con habitantes autóctonos radicalmente diferentes a los que se puede definir a partir de alguna religión, cultura o esencia racial propia de ese espacio geográfico es una idea extremadamente discutible”[Note43.](#) Para el autor, “los sistemas de pensamiento como el orientalismo –grilletes forjados por el hombre– se fabrican, se aplican y se mantienen demasiado fácilmente (...) Si el conocimiento del orientalismo tiene algún sentido, es recordarnos cómo, de qué manera seductora, puede degradarse el conocimiento, no importa qué conocimiento, dónde o cuándo se produzca. Y ahora quizás más que antes.”[Note44.](#)

\*\*\*

En el transcurso de este Seminario, cada uno de sus integrantes hemos reflexionado acerca de esta amplia problemática que hemos decidido denominar *Desde la escritura: Imágenes y representaciones del Islam y los musulmanes*. Durante de esta labor, cuando reflexionábamos acerca de un título adecuado para nuestro trabajo, muchas veces tuvimos que replanteárnoslo, ya que no se adecuaba con exactitud -más precisamente, con la amplitud necesaria- a lo que estábamos haciendo. Esto, porque la reflexión demandó abarcar diferentes áreas del conocimiento, por una parte desde la historia, pasando por numerosos estudios, hasta llegar a la literatura, y por otra, significó también un trabajo intelectual tanto personal como grupal, que fue abriarnos a un tema – y a una historia- para muchos de nosotros prácticamente desconocidos, o conocidos desde la perspectiva únicamente ‘occidental’. Así, este es un intento de apartarnos, de algún modo, de estas perspectivas y estudios que Said ha denominado ‘orientalistas’, para adentrarnos en una reflexión como aprendices de esta ‘fabulosa otredad’ que es Oriente, la que –por qué no decirlo- tanto nos ha impactado a cada uno de nosotros. Hemos re-conocido una historia, una religión, un pensamiento, una visión de mundo que en su conjunto nos eran bastante extraños y, posicionados en este ‘exotismo’, hemos estudiado las *Imágenes y representaciones del Islam y los musulmanes* en múltiples ámbitos; la literatura ha sido nuestro punto de partida para este estudio, pero –como decíamos anteriormente- nuestra investigación se ha ampliado necesariamente a otras esferas que van más allá de la literatura. Esto, porque, como se verá, hemos trabajado con textos bastante heterogéneos, como los son la épica, la poesía, la literatura de viajes y la novela.

En la híbrida España del siglo XVI, encontramos un pueblo, que mediante sus caballeros construye su identidad desde la religión cristiana. El enemigo moro se encuentra ya vencido pero no ha desaparecido de la escena cotidiana (ni literaria) en la cual conviven conversos y antiguos cristianos. En este contexto intercultural, enriquecido por la permanencia de gentes de las tres ‘leyes’ (a saber, moros, judíos y cristianos), aparece en la literatura el género morisco y con él, una nueva apreciación del vencido al que, por una parte se idealiza, y por otra se compadece, llegando incluso a asumir su voz.

En *El Abencerraje y los Romances, dos lecturas de la España del siglo XVI* se intenta de dar cuenta de la visión del moro en España en un momento intermedio entre su derrota y la expulsión definitiva de la Península a principios del siglo XVII. Tanto en esta novela corta como en los romances podemos percibir la presencia de una temática – social y religiosa-

que afectará la historia española, acompañada de hermosas y poéticas imágenes que envuelven el mundo humano y valórico que estas obras presentan.

En *Lo Maravilloso y la configuración del Otro en el Poema de Fernán González* se realiza un análisis del dicho poema, centrando la atención en el componente maravilloso del texto, para ver cuál es la función de éste, y así mismo, poder entender a través de él, cuál es la posible función de la obra en su época. Dicha función, sería una de tipo ideológica y tendría como intención configurar una imagen o representación del musulmán. Para comprobar esto, en primer lugar, se ha realizado una conceptualización de Lo Maravilloso, para luego insertarlo en la mentalidad de la época, y así poder entender a cabalidad su rol en el texto.

El capítulo *El Poema de Fernán González y El Cantar de Roldán: La 'mala imagen' del moro en la épica española y francesa*, consiste en la revisión de dos famosos poemas épicos: *El Cantar de Roldán* y *el Poema de Fernán González*, textos canónicos de la literatura medieval. Esta investigación se centrará en el estudio de la manera en que los personajes 'moros' o 'sarracenos' son representados en estas obras, tomando en cuenta tanto sus características físicas como morales y psicológicas. Asimismo, se tendrá en especial consideración la caracterización de su religión.

La investigación intenta establecer conexiones entre el texto poético y el contexto social, histórico y político que le dio vida, con el objetivo de buscar una explicación plausible para estos fenómenos. Además, el trabajo invita a reflexionar, a partir de los textos medievales, acerca de la mirada que Occidente dirige sobre el Otro, y cómo ésta se ha mantenido casi inalterable por más de diez siglos; se intentará asimismo interpretar las consecuencias que esta mirada que se ha venido consolidando desde el medioevo sigue vigente en la escena política actual.

En *La 'mancha' de don Quijote: el trasfondo islámico*, se intentará poner de manifiesto una posibilidad de lectura, en donde el texto cervantino se nos presenta como un corpus empapado de tópicos, motivos y problemáticas árabes e islámicas luego de la expulsión de los moros de la Península, además de postular una nueva interpretación basada en la identificación de esos elementos orientales en el juego ficcional interno de la obra. Este ensayo intenta develar lo que la crítica tradicional occidental ha omitido, ignorado o negado de *El Quijote*, respecto a la influencia musulmana y/o árabe que, durante la convivencia con cristianos en España, debió de introducir a la literatura medieval y posterior. Así, en este trabajo veremos cómo, incluso entrado ya el siglo XVII, los residuos de la cultura islámica se dejan ver en la literatura española con una voz más potente y determinante de lo que muchos podrían esperar o querer.

En *Tres testimonios sobre las ruinas* se trata de ver cómo se plantea este Otro, a modo de añoranza de lo que inevitablemente está por desaparecer. Son discursos que se inspiran, a modo de elegías, en las ruinas del Islam (y sus distintas manifestaciones culturales y espirituales) en las penínsulas Ibérica y Árabe. Dos de ellos fueron elaborados por viajeros de diferentes épocas y territorios: el romántico alemán Friederich von Schack (1815-1894), que visita España, y un osado inglés del siglo XX, Wilfred Thesiger, que cruza los 20.000 km. del 'desierto de los desiertos' de Arabia, a lomo de camello. El tercer testimonio lo constituye la 'poesía hispanoárabe de las ruinas' (siglos XI al XIII). Esta

poesía -primera manifestación literaria de la ruina del Islam en occidente- será el prisma desde el cual se proyectarán los otros dos, ya que, como veremos, en su conjunto, estos testimonios evidencian los mismos hechos, impresiones, alegatos y frustraciones. Así, podremos reconocer cómo se aúnan los tres discursos en el mismo delirio: la desesperación de la pérdida de la cultura del Islam, y cómo se vive tan análogamente a lo largo de los siglos, a partir de la contemplación de la ruina.

Finalmente, tratando de hacer presente también la posibilidad de anulación de toda alteridad, en especial a nivel individual y religioso, en *Identidad del Amado, Identidad del Amor* insistiremos en la relación 'Amado – Amante', representada en la literatura hispanoárabe por la poesía de Ibn 'Arabi de Murcia (1165-1240) y en la literatura española por la poesía de San Juan de la Cruz (1542-1591), la cual será entendida como símbolo principal de una 'doctrina mística de amor' que trasciende a la vez el carácter confesional del Islam y el Cristianismo.

Esta doctrina, cuya existencia será postulada desde el estudio de los poemas y tratados de dichos autores, además de la perspectiva de René Guenón en sus obras acerca del pensamiento 'tradicional', investigará la condicionalidad del amor divino como necesidad fundamental del observante de dejar de ser 'Otro' para Dios y para 'Sí mismo', orientando toda su condición solamente para la adecuada realización de la voluntad divina: el amor.

# Introducción

*“Temido, envidiado, combatido, denostado, el musulmán –sarraceno, morisco, turco o marroquí– alimenta desde hace diez siglos leyendas y fantasías, motiva cantares y poemas, protagoniza dramas y novelas, estimula poderosamente los mecanismos de nuestra imaginación.”*[Note45.](#)

La idea de este ensayo es mostrar dos lecturas de la España del siglo XVI que dan cuenta de la creación, por parte de los cristianos que en ese entonces dominaban la Península, de una ‘imagen’ de los musulmanes españoles a los que se les llamaba ‘moriscos’.

Mediante la literatura, y en este caso gracias a los romances[Note46.](#) y a una novela llamada *El Abencerraje y la hermosa Jarifa*, somos testigos de la ‘representación’ que los cristianos hacían de los moriscos; cómo a través de la ficción idealizaban a los que, tiempo antes, habían sido sus enemigos. Pese a que esta representación puede alejarse de la realidad, asombra la cercanía histórica que posee respecto de los hechos que acontecieron en esta época, hechos que en el presente aún nos plantean dudas y nos llaman a la reflexión.

Esto es lo que pretendo en estas líneas, llevar a cabo una reflexión acerca de algo que parece lejano en cuanto a tiempo y espacio, pero que se ha transformado en una problemática contemporánea. Ahora más que nunca. La ‘creación’ y ‘representación’ de Otro que, finalmente, no es más que la negación de uno mismo; la ‘idealización’ y ‘demonización’ de un enemigo según constituya o no un peligro para nosotros, es lo que me interesa plantear a través del análisis de testimonios literarios producidos en la España en el siglo XVI.

Protagonistas de este ensayo, los ‘moriscos’, en el uso de esta palabra por los historiadores actuales, son los musulmanes de los reinos peninsulares que luego serán España (las Coronas de Castilla, Aragón y Navarra) y que fueron obligados a convertirse al cristianismo a principios del siglo XVI”[Note47.](#) También es aclaratoria la definición que al respecto da Julio Caro Baroja en *Los Moriscos del Reino de Granada*: “La determinación del grupo étnico, en el caso de los moriscos se hace, en gran parte, a base de  *criterios religiosos*. Criterios religiosos de una índole muy particular y distintos, hasta cierto punto, de los que sirvieron para distinguir a los mudéjares (que, en parte, fueron sus antepasados) y a los mozárabes, que vivieron antes todavía y en una situación inversa.”[Note48.](#)

Desde la Edad Media los musulmanes generalmente eran llamados ‘sarracenos’ o ‘moros’, palabra de la cual deriva ‘morisco’[Note49.](#) y que conlleva un origen hispánico que los distingue de los habitantes de la Berbería (actual Zagreb o Norte de África Occidental). Actualmente la palabra moro aún carga con cierta negatividad heredada de aquella época y en muchos casos extenderá su significado a todo lo ‘no – cristiano’[Note50.](#)

Como explicaremos en nuestro ensayo el ‘problema morisco’ proviene de la situación de opresión en que se vio inmersa esta minoría. Aunque muchos se habían marchado hacia

otros países, los que aún quedaban en el territorio español, poco a poco fueron perdiendo sus libertades: en muchas ciudades tuvieron que abandonar sus hogares para reubicarse en las periferias o en sectores apartados especialmente para ellos; vivían constantemente presionados política y económicamente; y finalmente, se vieron forzados a ‘convertirse’ y con esto a perder su religión. Con esto, los moriscos, obligados a profesar su fe escondidos al interior de sus hogares o, en el caso de los que se habían convertido sinceramente, a demostrar a cada instante su cristiandad recién adoptada, ya podían vislumbrar lo que iba a ocurrir: la expulsión del territorio español en la primera década del 1600. Podemos ver en la expulsión de esta minoría el fin de un ciclo de nueve siglos en la historia de España y el fracaso de la convivencia social, entendiendo por convivencia el vivir junto al otro relacionándose a través de intereses y obligaciones comunes. [Note51.](#)

Siguiendo los planteamientos de Mikel de Epalza en su obra *Los moriscos antes y después de la expulsión*, es interesante notar los dos puntos de vista desde los cuales se puede ver a los moriscos como grupo humano. Por una parte se les puede considerar desde el punto de vista ‘occidental’ (y tal vez el más común para nosotros), como un “grupo específico de la sociedad peninsular, diferenciado por su origen islámico y su forma de vida musulmana, cuya especificidad se estudia en función de su integración en el conjunto de la sociedad española.” [Note52.](#) Desde este punto de vista habría que considerarlos como un grupo marginal que habitaba en España en el siglo XVI que vio su final en la expulsión de la Península como resultado de un fuerte rechazo hacia lo musulmán, que con el tiempo se extendió a toda Europa (y me parece que por estos días lo encontramos también presente en América).

Desde un segundo punto de vista, “los moriscos son los últimos musulmanes de Al Andalus. Están insertos, evidentemente, en una sociedad hispánica, que les es hostil, porque es diferente: si ellos son fundamentalmente musulmanes, orientales y árabehablantes, la sociedad española del XVI-XVII es fundamentalmente cristiana, europea y romancehablante. Su estudio, desde esta óptica, está centrado en sus características islámicas, con las nuevas aportaciones que la sociedad hispana que les rodea añade a su ser musulmán fundamental.” [Note53.](#) Hay que resaltar el hecho de que en esta definición, subjetiva como todas las demás, aparezca la diferencia como causante de un ‘medio hostil’ para los musulmanes; me parece que ahí radica principalmente el problema: la ‘diferencia’, a lo largo de la historia universal, pocas veces es aceptada; por el contrario, la mayoría de las veces es rechazada o se ve envuelta en un proceso de homogeneización llevado a cabo por los vencedores; más curioso aún es el hecho, de que cuando los musulmanes entraron en la Península en el siglo VIII no prohibieron esa ‘diferencia’, sino que albergaron en su territorio a las distintas religiones que en esos momentos existían en ellos, promoviendo la tolerancia entre grupos sociales y un gran intercambio cultural.

Los moriscos, por su parte, se insertarán más tarde en la literatura como tema, ya sea de ficción o realidad, instaurando lo que se denominará el ‘género morisco’. Este último, a su vez, propició lo que críticos y estudiosos han denominado ‘maurofilia literaria’ que se caracteriza por enaltecer e idealizar al moro vencido, asumiendo su voz, compadeciéndolo y compartiendo sus penas y dolores. Ejemplo de esto son *El Abencerraje* y los romances moriscos y fronterizos. Un estudioso de la literatura española como Juan Goytisolo dice al respecto: “La maurofilia literaria del siglo XVI, estudiada por Cirot y María Soledad Carrasco, abarca en verdad todos los géneros (romances, lírica tradicional, obras

dramáticas, poemas épicos...) pero florecerá especialmente en el terreno novelesco gracias al éxito de *El Abencerraje*”[Note54](#).

Como veremos luego, en *El Abencerraje*, aparece el moro idealizado y en esta novela se exalta una forma de vida palaciega e idealizada, pendiente del amor y la belleza, que no corresponde con la realidad histórica que nos muestra una época en que las batallas ya habían cesado y los moros eran rechazados por la sociedad.

Cuando los musulmanes dejaron de ser una amenaza para la España cristiana, los castellanos no sintieron repulsión sino que una gran atracción hacia el lujo, la vestimenta y las costumbres de los vencidos; de esto es de lo que se adueña la literatura, que convirtió en ficción la realidad al promover imágenes de algo que no sólo no existía sino que se guardó en el inconsciente colectivo creando una representación de los moros que ahora aparecían con características cristianas por un lado, y noveleras por otro.

Así, “la identificación del lector con la figura del moro enaltecido, sutil y remoto aumenta a fin de cuentas la distancia entre pintura y original: la admiración por la primera contribuía quizás a excusar a ojos del público el menosprecio y rechazo del segundo, ese morisco vulgar y corpóreo con quien topaba diariamente en la calle.”[Note55](#).

Por otro lado es importante lo que Francisco López Estrada comenta respecto de la obra misma en cuestión y la imposibilidad de ver en ella una relación real: “El *Abencerraje* viene a representar la formulación literaria, establecida en estos años críticos y referida a un pasado, de algo que era imposible en el presente: la convivencia de gentes de una y otra ley, dentro del concepto de la relación humana de la amistad que promueven la generosidad de Narváez y la gentileza de Abindarráez.”[Note56](#).

## España y su historia

En la España del siglo XVI encontramos un tiempo que marca el final de la convivencia de distintas culturas que viven el intento de una nación por homogeneizarse y unificarse a través de batallas, matrimonios y persecuciones. Es una época de expansión en donde se amplían las fronteras más allá de los mares pero se limitan las diferencias de los que se encuentran en el territorio peninsular; es esta dualidad la que se hará patente en aquel lejano 1492 cuando en Enero los musulmanes pierdan definitivamente Granada y en Octubre Colón llegue por primera vez a América.

Para entender esta parte de la historia de España debemos retroceder al 711 cuando los musulmanes ingresan a la península que en ese entonces era dominada por los visigodos. Pese a largos años de convivencia pacífica y de un enriquecedor intercambio cultural entre las tres ‘leyes’[Note57](#), musulmana, cristiana y judía, que habitaban en la península, distintos factores hicieron que culminara el proceso de la Reconquista que iba a tener como bastión la religión Católica.

La historia de Granada se ve marcada por la ascensión al poder de los nazaríes en 1238 y por su época de esplendor cultural bajo el dominio de Yusuf I y Muhammad V (entre 1333

y 1339) quienes en períodos de treguas con los cristianos construyeron La Alhambra que se convertirá en uno de los símbolos de la presencia musulmana en España. Cabe destacar la admirable actividad agrícola que había en la zona, sus tierras, en los meses de Verano, eran regadas artificialmente permitiendo el cultivo de diferentes frutas y verduras.

Pese a que Granada fue la ciudad que por mucho tiempo conservó las tradiciones del Islam, de manera estricta a veces y muy flexible durante algún tiempo, desde que comenzó el avance definitivo de los cristianos, se vio amenazada y pudo sobrevivir gracias a acuerdos y treguas mientras veía caer a todas las villas que la rodeaban.

Desde 1417 la ciudad cae en una intensa crisis política interna acentuada por los permanentes hostigamientos de los cristianos que reducían el cerco sobre ella cada vez más. En el año 1440, la anarquía provocada por las constantes luchas por el poder, incita a rebelarse a distintas familias nobles andaluzas y causa el final de una de las más prestigiosas: los Abencerrajes. Este clan, llamado ‘la flor de Granada’ entrarán en la memoria del pueblo español a través de los romances y la hermosa novela *El Abencerraje y la hermosa Jarifa* que revisaremos más adelante.

El año 1469 contraen matrimonio los Reyes Católicos y pocos años después gran parte de los musulmanes andaluces nobles emigran a Egipto y Marruecos. Finalmente, en 1491 Boabdil capitula a cambio de su retirada y el primer mes de 1492 Fernando e Isabel entran a Granada sin encontrar resistencia. A pocos años de ocurridos los hechos, las autoridades españolas cambian los acuerdos y comienza una ola de bautizos obligatorios que incluyen definitivamente esta zona a la historia de la España cristiana.

A fines del siglo XV, cuando ya los cristianos dominaban toda la Península, comenzaron las presiones hacia los musulmanes para que se convirtieran. Ante esto algunos moros intentaron sublevarse siendo vencidos, otros simplemente se fueron y otros se convirtieron (por lo menos de palabra)<sup>[Note58.](#)</sup> Los bautizos, realizados en cierta medida por la fuerza, sentaron dos precedentes claros y que quedarían para siempre en la memoria de los nuevos cristianos: por un lado, que la conversión había sido forzada y por otro que los Reyes Católicos habían quebrantado los acuerdos de capitulación.

Para el siglo VXI, los Reyes Católicos habían logrado cierta estabilidad en la nación lo que les permitiría a ellos y sus sucesores sobrellevar en los siguientes años la crisis religiosa europea y, mediante rígidas disposiciones, controlar la permanencia de personas de distintas religiones en la zona.

Así, la religión cristiana mantenía unida a España y actuaba como vínculo entre las distintas clases sociales. El clero, que poseía una selecta y poderosa jerarquía, lo conformaban personas provenientes de distintos lugares y estratos sociales, y a medida que pasaba el tiempo, y gracias a la gran cantidad de recursos que poseía, se convirtió en una fuerza social y política. Mientras la religión Católica sufría una crisis en Europa con el nacimiento de las doctrinas protestantes, el clero español gracias a las disposiciones del Concilio de Trento (1545 – 1563) y las acciones de la Inquisición adquiría una superioridad moral y espiritual basada en el recelo hacia cualquier desviación religiosa que determinó el aislamiento y encasillamiento de España en sí misma.

Es importante recordar que además de los protestantes de las diferentes doctrinas que se desarrollaban en Europa y que intentaron entrar en la península, se encontraban los judíos que sobrevivieron a la expulsión y los moriscos que en general se mantuvieron fieles a sus creencias. Respecto a los judíos podemos decir que mantuvieron una convivencia pacífica con los cristianos hasta el siglo XIV cuando la situación cambia notoriamente a causa de la gran depresión de la época; esto provocó una serie de bautizos obligatorios y luego la persecución de los conversos mediante los “estatutos de limpieza de sangre”. Probablemente la situación con los musulmanes agravó estos conflictos y determinó la decisión de los Reyes Católicos de expulsar a los judíos y, mediante la Inquisición, perseguir a los conversos.

Los moriscos, por su parte, eran un grupo social constituido por los musulmanes españoles que se habían convertido legalmente entre 1501 y 1525 como única opción para permanecer en España. Generalmente, al interior de sus hogares seguían practicando los ritos del Islam, circuncidaban a los niños, ayunaban en Ramadán, se casaban y enterraban ‘a la morisca’, practicaban la poligamia, no asistían a misa ni se confesaban y continuaban utilizando el dialecto árabe llamado algarabía; todo esto los mantenía como un grupo unido y disidente de la autoridad.

Es necesario tener en cuenta el largo tiempo que los musulmanes residieron en la zona, ya que esto, los hizo innegablemente parte de la historia de España. Luego de su entrada en el siglo VIII, un hecho significativo de la Reconquista es la toma de Toledo, efectuada por los cristianos en el año 1085, pues esto marca el inicio del avance cristiano por tierras musulmanas que finalmente acabará con la caída de Granada en el 1492. En el año 1499 se decreta la conversión de los moros en dicha ciudad para luego extenderse por el resto del territorio español en el que aún los musulmanes podían profesar su fe en armonía con los cristianos vencedores. Finalmente, décadas después, entre 1609 y 1614, Felipe III decreta su expulsión. Esta medida se convertiría en el “fracaso de la política de asimilación y, al mismo tiempo, el desenlace de un pleito secular entre el Estado y una minoría rebelde”<sup>Notes9</sup>.

Después de la expulsión los moriscos deambularon en grupos por los territorios españoles y muchos emigraron tempranamente a otros países dentro de Europa y África, por lo que se hace muy difícil precisar cuantos eran, pese a esto, y gracias a algunos documentos, sabemos que la población morisca se concentraba en el Reino de Aragón y Valencia. En su mayoría se dedicaban a actividades agrícolas por lo que en ocasiones eran defendidos por sus señores y protegidos de la Inquisición; los que mantuvieron su libertad se dedicaban a diversos oficios relacionados con el transporte y el comercio.

Dentro del último período musulmán, la ciudad más importante es Granada, no sólo históricamente sino también culturalmente. Esta ciudad y sus alrededores serán los que inspirarán las obras de muchos románticos que encontrarán en ella la inspiración para sus sueños y fantasías orientales; además será esta zona la que durante finales del siglo XV se convertirá en la frontera entre dos culturas a las que les quedaba poco tiempo de convivencia. Es por estos motivos que Granada, pese a su cruenta historia, trasluce toda la belleza y sensualidad orientales.

La zona de la frontera va a ser de especial importancia ya que además de servir como inspiración literaria propiciará intercambios culturales de especiales características. En estos lugares, y sin significar el cese de las luchas, se establecieron relaciones humanas entre los cristianos y musulmanes, que en tiempos de tregua, podían establecer contactos que le permitían conocer al Otro; esto, en cierta medida se da por la lejanía de esta vida de las cortes lo que permitía regirse por leyes de convivencia propias.

Probablemente estos espacios se constituyeron como zonas de intercambio intercultural en donde prevalecían las relaciones humanas envilecidas por crudas batallas que más que motivos territoriales ostentaban motivos religiosos. Por otro lado debieron ser lugares en donde los hombres y mujeres de ambos bandos tuvieron la oportunidad de demostrar su generosidad y odiosidad con el enemigo, que lo era sólo por creer en algo distinto. Me parece que la teoría hace ideal la frontera real, un lugar donde a veces, en tiempos de paz, se podía compartir con ese Otro que a veces se acercaba tanto a un ‘nos – otros’, el mismo que en tiempos de guerra no dudaría aprisionarte. [Note60.](#)

En este ámbito aparecen las obras literarias que estudiaremos en este ensayo: *El Abencerraje* y los romances fronterizos y moriscos.

## Los Romances

*“Sentimiento de alta estima y simpatía hacia la nobleza del enemigo ;respeto y compasión hacia la desgracia del vencido; y luego, en multitud de otros romances, admiración por la cultura morisca ,imaginada con lujosa ostentación y las costumbres, con arrogante gallardía en el porte, con refinada galantería cortesana.”*[Note61.](#)

En el comienzo de su *Flor nueva de Romances Viejos* Menéndez Pidal plantea la siguiente hipótesis: “España es el país del Romancero”[Note62.](#)

Los romances son poemas épico líricos que probablemente empezaron a circular en el siglo XIV, generalmente de ocho sílabas, aunque se presume que originalmente tenían un verso largo como la épica, con rima en los versos pares, que se cantan acompañados de algún instrumento en reuniones sociales para la diversión de los asistentes. Tienen su origen en el cantar épico, heredando de él su carácter oral y sus temas que generalmente son del dominio público, se fijan con la escritura durante el siglo XVI. El estilo de los romances se caracteriza por su simplicidad, y en ellos no encontramos ni relatos maravillosos ni grandes adornos.

El romance español se presenta como una instancia de recordatorio nacional, ya que en él perduran las figuras de héroes y batallas en la memoria popular, así, España se muestra como un país tradicionalista en el sentido de que el pueblo guarda pequeños trozos de esta poesía y los hace perdurar en el tiempo conservando una tradición y una historia propias.

Al ser sólo un fragmento de un relato mayor, el romance, tiende a olvidar sus antecedentes (que la mayoría de las veces son conocidos por el público) y a tomar vida independiente, muchas veces aparecen inacabados y sin un comienzo definido con la acción inserta in media res; pese a esto es la búsqueda de dar integridad y unicidad a este fragmento lo que los hace más llamativos que la narración completa de la acción. En este intento de dar totalidad al romance se excluyen los datos objetivos para añadir elementos sentimentales que hacen del romance una construcción de mayor subjetividad que el cantar de gesta.

Al ser una obra individual que entra en circulación por la vía oral, el romance se va modificando con el tiempo y al olvidar su origen más local, adquiere universalidad. Por otro lado, estas composiciones asumen recursos estilísticos como la repetición o el uso de formulas que hagan más fácil recordarlos tal como sucede en general con la épica oral.

El romance español no sólo miró al pasado sino que también adquirió funciones de un 'noticiero' ya que iba relatando acontecimientos que sucedían prácticamente al mismo tiempo de su aparición ya en la primera mitad del siglo XV; con esto se pretendía mantener informada a la población de las batallas más relevantes. Estas obras poéticas se difunden no sólo en el pueblo ya que también se encuentran presentes en las cortes. Muchas veces sirvieron de inspiración a juglares y trovadores además de dar cuenta de los sucesos de la guerra de Granada e insertarse en documentos históricos y en las crónicas por su carácter de poesía histórica.

Los romances a los que me he referido, reciben el nombre de romances viejos y en general es imposible datarlos certeramente por ser anónimos y pertenecer a una tradición popular que hace al pueblo su dueño. En los siglos XV y XVI el romancero había sido difundido por los juglares, y luego, transcrito en cancioneros populares y cortesanos lo que permitió que fueran aprehendidos y utilizados por compiladores, escritores y músicos que los incluyeron dentro del ámbito culto dotándolos de refinamiento y belleza pero quitándoles su característica espontaneidad.

Estas obras, como hemos mencionado, se coleccionaron en cancioneros y ya en 1600 aparece el primer Romancero General. Las primeras colecciones poseen romances más antiguos, que muchas veces se encontraban en pliegos sueltos, mientras que las últimas contienen los más nuevos, muchos de los cuales presentan fechas de creación y autores conocidos. El romancero se encuentra presente también en el teatro y en menor medida en la novela desde el siglo XVI en adelante.

Los romances comienzan a desaparecer en la segunda mitad del siglo XVII y se encuentran ausentes en el siglo XVIII, momento en que encuentra su público entre las personas menos letradas. Hay que mencionar que el romancero se extiende no sólo por la península sino que llega a Marruecos, a Portugal, a América e incluso a Siria y a Egipto. Habrá que esperar hasta el auge del romanticismo para que los géneros populares tradicionales, entre ellos el romance, se recuperen nuevamente. En este tiempo encontramos un renovado interés por recuperar los textos y estudiar los romances.

# Romances moriscos y fronterizos

Podemos ver una continuidad en la literatura entre el medioevo y el renacimiento a través de los romances denominados moriscos y fronterizos que dan cuenta de la empresa de reconquista que efectuó España y que se convirtió en el gran aporte de este país a la cristiandad. Estos romances poseen una gran “significación nacional” ya que en ellos se encuentra perpetuada una de las batallas más largas y arduas dada por la península: la expulsión de los moros. Tanto los romances fronterizos como los moriscos tienen un elemento histórico común, sin embargo en ocasiones difieren del punto de vista desde el cual son contados, el primero lo hace desde el cristiano y el segundo desde el moro aunque los dos son escritos por el primero, por lo demás no ha quedado registro de romances escritos por moros aunque sí de otras exquisitas formas literarias.

El tema de los romances fronterizos se extrae de los dos últimos siglos de lucha entre moros y cristianos, recogen las sucesivas luchas y sus variados personajes; en algunos casos describen batallas de una manera vivaz e impetuosa y en otros lo hacen con un profundo dramatismo y sensibilidad. Como se dijo previamente, era usual que se utilizaran como arma política y forma de propagación de las novedades de los conflictos de frontera, por esto muchas veces se convirtieron en guardadores de la historia de España. Estos romances muchas veces asimilaron elementos de las dos religiones que pese a combatir habitaban el mismo suelo.

Antes de ver algunos ejemplos de este tipo de romance me parece importante lo que Menéndez Pidal dice sobre ellos: “Tales son los romances fronterizos: relaciones historiales, cuadros concisos y vivos; son poemitas que nacieron en medio de la guerra que cantan; son como instantáneas recogidas por el ojo sobresaltado del algareador; diálogos vibrantes que más que referidos parecen escuchados; rápidas pinturas que más parecen vivas que descritas”. [Note63.](#)

## ROMANCE DE LA PÉRDIDA DE ANTEQUERA

«De Antequera partió el moro  
tres horas antes del día,  
con cartas en la mano  
en que socorro pedía.  
Escritas iban con sangre,  
mas no por falta de tinta.  
(...)  
de San Juan era aquel día,  
cuando se dio la batalla  
de los nuestros tan herida,  
que por ciento y veinte muertos  
quince mil moros había...  
Y así se ganó Antequera  
a loor de Santa María.  
(...)

¡Antequera, villa mía,  
oh quién nunca te perdiera!  
Ganóte el rey don Fernando,  
de quien cobrar no se espera.

(...)

No lo he yo por la villa,  
que Granada mejor era,  
sino por una morica  
que estaba dentro della,  
que en los días de mi vida  
yo no vi cosa más bella:  
blanca es y colorada,  
hermosa como una estrella;  
sus cabellos son más que oro,  
que el oro dellos naciera,  
las cejas arcos de amor  
de condición placentera,  
y los ojos, dos saetas  
que en mi corazón pusiera...

En este romance encontramos diferentes elementos interesantes. Antequera fue una villa ubicada en las cercanías de Granada, que como demuestra el texto, entristeció en demasía al rey de Granada cuando la perdió en manos de los cristianos. Sin embargo en este caso se ha dado un motivo amoroso para la tristeza del rey que no podemos dar por cierto.

En un primer momento se dice que las cartas que anuncian la pérdida de la villa están escritas con sangre, esto podría representar a la sangre derramada en la lucha que se había llevado a cabo. Esto último más el sufrimiento del rey que se describe a lo largo del romance dan cuenta de un cambio de actitud del cristiano que ahora se sensibiliza con el dolor del moro. Sin embargo, no se deja de nombrar a Santa María gracias a quien se ganó la villa.

Es muy interesante la descripción que se hace de la mora de la que el rey se encuentra enamorado; podemos notar una fuerte occidentalización del modelo femenino, al que si bien se le atribuye belleza en demasía se hace a través de características que la acercan más a la mujer española que a la musulmana; se podría decir que hay un ‘blanqueamiento’ de la imagen de la mora. Esto pone de manifiesto la dualidad en que se da el recate de la figura del moro en los romances, por un lado asumo su voz, lo compadezco y le atribuyo características buenas, y por otro esto lo hago valido sólo si lo puedo atraer hacia mi realidad, hacia lo que yo soy que, finalmente, es lo bueno.

## **ROMANCE DE LA MUERTE DE SAYAVEDRA**

¡Río Verde, Río Verde,  
más negro vas que la tinta!  
Entre ti y Sierra Bermeja  
murió gran caballería.

Mataron a Ordiales,  
Sayavedra huyendo iba;  
con el temor de los moros  
entre un jaral se metía.  
Tres días ha, con sus noches,  
que bocado no comía:  
aquejábale la sed  
y el hambre que tenía.  
Por buscar algún remedio  
al camino se salía:  
visto lo habían los moros  
que andan por la serranía.  
Los moros desde que lo vieron,  
luego para él se venían.  
Unos dicen: ¡muera, muera!  
Otros dicen: ¡viva, viva!  
Tómanle entre todos ellos;  
bien acompañado iba.  
Allá le van a presentar  
al rey de la morería.

(...)

Allí hablara el rey moro,  
bien oiréis lo que decía:  
Dígame tú, Sayavedra;  
si Alá te alargue la vida,  
si en tu tierra me tuvieses,  
¿qué honra tu me harías?  
Allí habló Sayavedra,  
de esta suerte le decía:  
Yo te lo diré. Señor,  
nada no te mentiría:  
si cristiano te tornases,  
grande honra te haría,  
y si así no lo hicieses,  
muy bien te castigaría,  
la cabeza de los hombros  
luego te la cortaría.  
Calles, calles Sayavedra,  
cese tu melancolía:  
tórnate moro si quieres,  
y verás qué te daría.  
Darte he villas y castillos,  
y joyas de gran valía.  
Gran pesar ha Sayavedra  
de esto que decir oía.  
Con una voz rigurosa,  
de esta suerte respondía:

Muera, muera Sayavedra;  
la fe no renegaría,  
que mientras vida tuviere,  
la fe yo defendería.  
Allí hablara el rey moro,  
y de esta suerte decía:  
Prendedlo, mis caballeros,  
y dél me haced justicia.

Si bien este también es un romance fronterizo, tiene grandes diferencias con el presentado anteriormente. Lo primero que llama la atención es la fuerte presencia de los diálogos en su composición; es más, es poca la acción que nos narra el texto, en realidad lo que pretende es exponernos un diálogo entre un rey moro y un prisionero conocido por sus hazañas en contra de los moros. En este caso se presenta al musulmán como vencedor de una batalla; sin embargo, a mi parecer es el cristiano quién vence al dejarse matar por cuestiones de fe. Con esto confirma la férrea adhesión al cristianismo prefiriendo el martirio a la conversión y los bienes materiales. Según esto último, el rey moro aparece como un personaje más superficial que ofrece bienes a cambio de traicionar la fe religiosa.

El tono del romance es bastante dramático y presenta imágenes que nos permiten sentir las condiciones de guerra. En este sentido son importantes las menciones al hambre y la sed que ‘humanizan’ el romance.

Los romances moriscos <sup>[Note64](#)</sup> presentan en general la figura del moro ya vencido luego de la Reconquista; en este momento se le estima y valoriza, es visto como un elemento exótico y muchas veces se asume su voz compadeciéndolo y admirando su esfuerzo. Algunos autores distinguen entre los romances moriscos viejos, del siglo XV, y los nuevos, desde el siglo XVI en adelante; los primeros tocarían temas históricos mientras que los segundos son más líricos y abundantes en temas amorosos. Muchos de estos romances no sólo se desarrollaron después de estar vencidos los musulmanes sino que aparecieron, incluso, después de su expulsión; los cristianos se apoderaron de los recuerdos que los árabes habían dejado.

Al respecto Agustín Durán dice: “las guerras, los combates, las fiestas, los juegos, los amores, los celos y las pasiones, la expresión de los sentimientos y de las ideas, las galas, los trajes y aun los nombres: todo, todo en los romances moriscos es una escena completa, un retrato vivo y brillante, un espejo fiel de aquella parte de recuerdos que los moros nos dejaron cuando partieron a los desiertos de Berbería...” <sup>[Note65](#)</sup>

## ROMANCE DE LA MORILLA BURLADA

Yo m` era mora Moraima,  
morilla de un bel catar;  
cristiano vino a mi puerta,  
cuitada, por m` engañar.  
Hablome en algarabía  
como aquél que la bien sabe:  
Abrasme las puertas, mora,  
si Alá te guarde de mal.  
¿Cómo t` abriré, mezquina,  
que no sé quién te serás?  
Yo soy el moro Mazote,  
hermano de la tu madre,  
que un cristiano dejó muerto;  
tras mí venía el alcalde.  
Si no me abres tú, mi vida,  
aquí me verás matar.  
Cuando esto oí, cuitada,  
comencéme a levantar,  
vistiérame una almejía  
no hallando mi brial,  
fuérame para la puerta  
y abríla de par en par.

En este romance vemos que hay un cambio en la temática. Era común que los romances moriscos tocaran temas de índole amorosa. Es interesante en este caso que sea el cristiano el que engañe a la mora que se presenta como víctima, sin embargo y pese a la duda, finalmente ella lo acepta y le abre la puerta. Por otro lado el hecho de que el cristiano hable en algarabía no necesariamente hace más difícil el engaño pues es sabido que en zonas de convivencia había un fuerte bilingüismo.

Si bien en este caso no está patente, en general notamos un ambiente de sensualidad que rodea al romance, esto era común en la época en que se le atribuía a los moros una notoria libinosidad. Las mujeres eran caracterizadas como bellas mozas conectadas con un gran erotismo propio de una visión de Oriente construida por Occidente.

## ROMANCE DE ZULEMA

Del Alhambra a media noche  
sale gallardo Zulema,  
ciego de cólera y celos,  
si acaso los celos ciegan.  
Bajaba el valiente moro  
de noche, por ver si en ella  
puede con su oscuridad  
dar lumbre a cierta sospecha,  
de que su querida Zara,  
mora hermosa y discreta,  
alma de su pensamiento,  
la fe y la palabra le quiebra.  
Tenía celos el moro  
del alcaide de Marbella,  
que en Granada residía,  
porque su calle pasea.  
Cuánto lleve en el vestido  
va publicando su pena,  
que quiere ya publicalla,  
y lo diga su librea.

(...)

Llegado al sitio y lugar  
a donde su amada prenda  
vivía, aunque en sus entrañas  
tiene morada más cierta,  
vio la ventana cerrada,  
y por no volver sin bella,  
con el cuento de la lanza  
dio un pequeño golpe en ella.  
Su dama, que descuidada  
estaba de la novela,  
por un pequeño postigo  
se asomó por ver quien era...

En el gallardo Zulema podemos ver toda la pasión de los celos provocados por otro hombre; me parece que este rasgo nos conecta con la pasión amorosa que podemos encontrar en otros romances y que generalmente era atribuida a la mujer; en este sentido los celos o la lucha en otros casos, vendrían a demostrar otra canalización del desborde propio de la cultura árabe según la mirada occidental.

En este caso el romance presenta una situación que podemos relacionar con las relaciones amorosas de los caballeros en que la dama se encuentra en su hogar y por una ventana aparece el ser amado amparado por la noche. Creo que este tipo de historias españolizan a los moros en cuanto los acercan a la realidad caballeresca de ellos, en el fondo hay una asimilación cultural ya que se plantea al musulmán en el mismo contexto y en las mismas

circunstancias que hubiese estado el cristiano. Probablemente este fenómeno se instauró en los tiempos en que lo moro se había vuelto una moda en la cual más que un rescate de su cultura se rescataba la imagen que de ellos se tenía.

## El Abencerraje y la hermosa Jarifa

“Esto parece que está escrito  
con la pluma del ala  
de algún ángel”  
Bartolomé Gallardo

En el siglo XVI España intentaba consolidar su poderío y fundar su identidad a través de la religión cristiana que lejos de mostrarse tolerante se volvía cada vez más intransigente con los que no la adoptaron, que finalmente, conformaron lo Otro del reino español. Este Otro lo constituían protestantes, musulmanes (los pocos que quedaban), moriscos, judíos conversos y un sin fin de grupos a los que la autoridad política y el clero perseguían en su intento de homogeneizar el Estado.

Por esto una novela como *El Abencerraje y la hermosa Jarifa* me interesa como objeto de estudio. Lejos de las polaridades representadas por sus personajes protagónicos, un moro y un cristiano, presenta un episodio que se envuelve en una preciosa verosimilitud, y que, ajena a las diferencias religiosas, nos presenta un claro ejemplo de humanidad. Así, esta novela se vuelve universal al rescatar los valores humanos de los hombres y mujeres que habitan el suelo español.

*El Abencerraje y la hermosa Jarifa* es una obra de la segunda mitad del siglo XVI que nace algunos años después de la caída de Granada en momentos en que la Inquisición perseguía a todo quien pareciera un converso poco sincero. Como la mayoría de las narraciones contemporáneas, presenta el problema de su primer original. Esta novelita apareció en cuatro publicaciones distintas; respecto de esto, es interesante la dedicatoria a Don Jerónimo Ximénez de Embún al que se le atribuía un origen converso. En cuanto a su divulgación es de importancia el hecho de que apareciera intercalada en la *Diana de Montemayor* por la cantidad de ediciones que este libro tuvo en España y en otros países europeos. Si bien la problemática del autor de la obra parece importante, creo que no es justo interpretarla desde uno u otro sino más bien dentro de la generalidad del contexto histórico de la península española.

Ejemplo de la popularidad que poseía *El Abencerraje* es la alusión que de ella se hace en el *Quijote* de Cervantes: “...olvidándose de Valdovinos, se acordó del moro Abindarráez, cuando el alcaide de Antequera, Rodrigo de Narváez, le prendió y llevó cautivo a su alcaidía”. Y luego Don Quijote le responde al labrador, que lo lleva de vuelta a su hogar con las mismas razones que Abindarráez le contesta a su captor: “- Sepa vuestra merced, señor don Rodrigo de Narváez, que esta hermosa Jarifa que he dicho es ahora la linda

Dulcinea del Toboso, por quien yo he hecho, hago y haré los más famosos hechos de caballería que se han visto, vean y verán en el mundo”.[Note66.](#)

Generalmente en la literatura el moro ha sido tratado de manera denigrante, y es aquí en donde radica un punto fundamental que *El Abencerraje* nos va a entregaral mostrar una diferencia respecto de este tema.

Esta novelita corta, de un argumento claro, simple y definido, junto con algunos romances que ya se encontraban en circulación, van a propiciar el nacimiento del género morisco dentro de la literatura. Este género se va a ver marcado por su conflictivo contexto socio – histórico: el ocaso y eliminación de los moriscos españoles. Hay que recordar que para ese entonces los musulmanes propiamente tales ya habían sido vencidos por los cristianos de forma definitiva, y los moriscos, fieles a su antigua fe, sufrían persecuciones por todo el territorio español.

En momentos de la Reconquista y durante la Edad Media el fragor de la batalla había provocado, desde la escritura, el Otro, conformado ya sea por el moro o por el musulmán, apareciera como el gran enemigo de los españoles al que había que eliminar. Una vez vencidos, pasaron a ocupar un espacio distinto en la memoria de los españoles que ahora miraban con nostalgia el esplendoroso pasado árabe que se convirtió en un recuerdo fantasioso lleno de paisajes paradisíacos y de hermosos héroes. En las obras de género morisco vemos como los escritores españoles, -siempre ellos y en ningún caso los Otros-, asumían la voz morisca compadeciéndose de sus tristezas y ennobleciendo a sus mujeres y caballeros. Al crear una imagen de lo árabe, las novelas y romances moriscos se vieron llenos de grandiosas intrigas amorosas, mujeres hermosas y nobles caballeros, que incluso, ganaban a los cristianos. Para Claudio Guillén[Note67.](#) la novela morisca es un intento de dar concordia a la discordia de la historia real.

La novela que estudiamos comienza con una nota que presenta algunos elementos interesantes, cuando dice: “Este es un vivo retrato de virtud, liberalidad, esfuerzo, gentileza y lealtad, compuesto de Rodrigo de Narváez y el Abencerraje y Jarifa...”[Note68.](#) Al presentar la novela como un ‘vivo retrato’ se inserta en la categoría de lo real, de lo que posiblemente si ocurrió, sin embargo es un retrato de virtud que es algo subjetivo, que aunque es difícil de encontrar podría estar en cualquier parte. Por otro lado queda claro que la novela no pretende ser otra cosa que eso, convertirse en un ejemplo, demostrar la virtud de los hombres e incluso postular un mejor mudo posible.

Luego de lo escrito anteriormente, el editor F. López Estrada pone una nota aclaratoria respecto de los nombres de los personajes moros; así Abindarráez (héroe moro) significa ‘hijo del capitán’ y Jarifa ‘la noble, preciosa o hermosa’[Note69.](#) Es clara la diferencia entre los personajes cristianos y moros, en el caso de Narváez no se necesita una nota aclaratoria pues su fama ya está establecida, no necesita aclaraciones de ningún tipo, pues el probable lector seguramente lo conocerá; esto hace que el significado de su nombre se encuentre implícito. No ocurre lo mismo con Abindarráez o Jarifa, personajes que no se encuentran en la memoria popular y que aparecen como mucho más indeterminados que el gran héroe español.

Respecto a la historia de Rodrigo de Narváez, podemos decir que es un caballero español que realmente existió, y aparece mencionado en varias crónicas respecto de la toma de Antequera: en este sentido ya era conocido en España por batallar contra los moros. En la novela, Narváez, como lo llamaremos de ahora en adelante, se presenta como alcaide de 'Alóra'; sabemos sin embargo que esto no pudo ser así pues esta villa cayó en manos cristianas recién el 1484 y Narváez murió en 1424. Estos datos en la historia más que confundir a sus posibles oyentes contemporáneos no presentan grandes problemas para su lectura.

Además de su fama es importante recordar las hazañas emprendidas por Narváez: "Hizo, pues este caballero tanto en servicio de su ley y de su rey"<sup>Note70</sup>. El narrador nos lo presenta como un típico ejemplar de los caballeros españoles que le servían tanto al poder político como eclesiástico, por ahora va a faltar la dama dueña del corazón de este hombre. Así, en un comienzo de la historia se presenta el ejercicio de las armas como despertador de corazones y almas. Según esto Narváez y sus hombres saldrán a buscar aventuras y moros a los que aprisionar.

Así, en *El Abencerraje*, encontramos básicamente dos protagonistas que tienen en común el querer destacar la virtud de los caballeros, situando esta, en un primer momento en la temática heroica. Como caballeros su primera motivación tiene relación con los motivos militares en la zona de frontera que custodia Narváez, al que se ha convertido en un modelo de virtuosidad.

Para Claudio Guillén, en la novela, queda claro que el caballero perfecto es Narváez, y con esto, Abindarráez y los demás personajes son 'los otros' que se encuentran dentro de la novela y que a ratos sirven como sostenedores de la ejemplaridad de Narváez. Me parece que este punto es demasiado extremo, ya que Abindarráez también encarna la figura del caballero ideal al poseer sus principales características: capacidad de lucha, virtud, nobleza y una historia de amor; en este sentido los personajes aparecen contruidos de manera equilibrada.

Es importante que así como en un principio se enumeran las proezas militares de Narváez erigiéndolo como un gran capitán cristiano, avanzada un poco la novela nos encontramos con Abindarráez que ante los españoles muestra todos sus dotes guerreros vencidos en la batalla (pese a estar en desventaja numérica), hasta que finalmente llega Narváez y lo derrota. La derrota del moro es atribuible a las heridas que en ese momento tenía; esto nos muestra como en este tipo de novelas de género morisco, se magnifica al vencido no sólo en temas como la belleza y el amor. Esto último, en cierta medida, también cumple la función de engrandecer al cristiano que es capaz de vencer a alguien que se ha mostrado tan avezado en temas de combate.

Importante en la novela y en la construcción de los personajes es la presencia de la virtud como motor del argumento. Narváez comienza demostrando su virtuosidad y generosidad, al dejar en libertad a Abindarráez para que pueda cumplir la promesa que le hizo a su amada y luego, confiando en que el moro va a volver. Por otro lado el cumplimiento de la promesa por parte de Abindarráez también demuestra su virtuosidad equiparándose con el

caballero cristiano; con el cual al final de la novela competirá, a través de cartas, cumplidos y obsequios, como una manera de exaltar la virtud y la amistad que nació a causa de ella.

Lo anterior también nos demuestra que durante la novela se utiliza el recurso de la dualidad en relación con los dos caballeros: primero hay un equilibrio en cuanto a condiciones militares, ambos son virtuosos, tienen fama tras su nombre, en el caso de Narváez, y tras su estirpe en el caso de Abindarráez y, finalmente, los dos son protagonistas, en distinto tiempos, de una historia de amor.

Pese al equilibrio entre el moro y el cristiano, Francisco López Estrada plantea que en la novela, el cristiano no sólo es el vencedor sino que se configura como el que sustenta la honorabilidad del moro al darle la posibilidad de demostrar su virtud. Frente a esto podemos decir que, el moro al abrir su corazón ante el captor también se convierte en el que sustenta la virtud de Narváez.

Es importante que sea esa virtud la responsable de que al final de la obra encontremos un triunfo de lo personal, a través de Narváez y Abindarráez, frente a lo colectivo representado por el contexto de la guerra de fronteras, que a su vez se complementa con el triunfo del amor al poder llevarse a cabo el matrimonio de los enamorados y la aceptación final del padre de Jarifa.

Avanzado el relato, Narváez cuenta su propia historia de amor. Enamorado de una mujer casada con un hombre menos noble que él, la corteja hasta que, a regañadientes, la mujer cede, impulsada por las loas que su marido profesa del caballero cristiano. Narváez ante esto la deja demostrando la mayor virtuosidad posible: vencerse a sí mismo, a sus propias pasiones.

Abindarráez, al comienzo de su relato, cuenta la historia de su linaje; pertenece a la casta de los Abencerrajes, nobles y afamados caballeros de Granada que debido a injurias han caído en desgracia ante el rey que mata a varios de ellos.<sup>[Note71.](#)</sup> Los Abencerrajes, así, aparecen explicando la virtud de Abindarráez que se hace independiente, en este sentido, de Narváez. Además ayudan en la creación de un arquetipo y explican la historia actual de Abindarráez. Por otro lado tenemos la canción que el moro canta en donde presenta cuatro momentos importantes de su vida:

*“Nascido en Granada,  
criado en Cártama,  
enamorado en Coín,  
frontero de Alora.”*<sup>[Note72.](#)</sup>

Lo anterior hace que Abindarráez, unido a su estirpe, sea un ‘hijo de la injusticia’, ya que a lo largo de su vida ha tenido que responder innumerables veces a la ‘fortuna’. Será esta la que dependerá de Narváez y lo pondrá por sobre el moro. Esto último cambia en el momento en que Abindarráez decide volver a su prisión ya que con esto no sólo demuestra su virtud, sino que labra su propio destino y con él, el de Jarifa. Es en este momento cuando la vida del Abencerraje comienza a depender sólo de las decisiones que éste toma y no de la ‘mala fortuna’ que lo ha acompañado a él y su linaje.

*El Abencerraje* nos presenta una visión renacentista de la sociedad, se aleja de lo religioso medieval para posarse en lo humano renacentista. Como dije anteriormente, en la novela podemos ver el triunfo de los valores humanistas por sobre los valores medievales relacionados con la religión. Esto marca un cambio en la literatura de la época y sitúa a esta novela en un espacio intermedio; en ella encontramos elementos característicos de la literatura medieval y de la literatura renacentista. Así, podemos decir, que la literatura junto con la sociedad sufre cambios. Más importante aún es que este cambio se da en una novela española en un momento en que la Península poseía una mentalidad guiada por la religión, esto hace, en cierta medida, que *El Abencerraje* se constituya como una contradicción histórica.

Podemos apreciar que así como en la literatura renacentista, en *El Abencerraje*, se respira un anhelo de paz y armonía que posiblemente se traspasó a los receptores de la novela que en muchas zonas habían vivido oprimidos por una lucha de religiones.

Es importante el alcance que hace Claudio Guillén respecto a lo anterior. La novela morisca se presenta una conservación de los valores de la novela de caballería, por ejemplo el episodio del matrimonio secreto que hasta entonces era ilícito pero válido. Pese a esta conservación, en *El Abencerraje*, encontramos tópicos caballerescos pero no las exageraciones de éstos; así, nos encontramos con una novela que muestra circunstancias de vida medievales con un soporte ideológico renacentista.

Resumiendo, podríamos decir que en *El Abencerraje* hay una exaltación de las cualidades humanas (incluso más que de lucha) que le acerca a la mentalidad y literatura renacentista. Hay una exaltación del valor moral y humano que tiene su apogeo en la victoria moral sobre sí mismo que logra Narváez en el episodio con la mujer de Antequera.

El tema amoroso, en la mayor parte de la novela, es llevado por la pareja de moros. Abindarráez debido a la expulsión de su familia de Granada, es acogido en una casa en donde vive como hermano de Jarifa durante toda su niñez y parte de su juventud. Con el tiempo este amor infantil se transforma en un amor de pareja de manera natural, sin intermediarios. Además el amor, en este caso, se inserta en el mundo de la caballería como nota Casaldueño: “El tema amoroso, que se apoya ahora en elementos de los libros de caballería, se apresura a confirmar la unión de los enamorados. En efecto, la dueña, las señales, los lugares secretos, todo, en suma, conduce a la luminosidad de la cámara de Jarifa.”[Note73.](#)

Creo que es interesante el hecho de que el amor esté principalmente relacionado con los moros, pese a que el matrimonio se lleva a cabo gracias a Narváez que une a la pareja y luego desarrolla una gran amistad con ellos con lo que derrota la separación de las ‘leyes’. Por otro lado hay una gran diferencia entre la historia de amor de Abindarráez y la de Narváez; en el caso del primero hay una relación pasional y de desborde amoroso, mientras que en el caso del cristiano encontramos un ejemplo de contención. Esto tiene que ver con la imagen que Occidente tiene de Oriente, una imagen fantasiosa y exótica, en que se ‘crea’ una cultura de desborde tanto religioso, con el fanatismo, como pasional, con la exaltación del contacto físico y sexual.

Como dijimos anteriormente, la literatura propició a un moro idealizado muy diferente al moro trabajador real. Se exalta una forma de vida palaciega e idealizada pendiente del amor y la belleza que no se corresponde con la realidad histórica. Con el correr del tiempo, esta imagen del moro en la literatura extendió sus fronteras y avanzó por Europa. A lo largo de los años se recupera innumerables veces; se idealiza y se vuelve cada vez más ajena. Por otro lado, y respecto de *El Abencerraje*, no sólo hay un enaltecimiento del moro sino que también hay un sueño de tolerancia que no refiere a la realidad sino a una subversión de ésta; la obra se compuso basada en un pasado que hace doler la conciencia del presente.

Para Claudio Guillén<sup>Note74</sup> en *El Abencerraje* no hay maurofilia literaria, ya que la alteridad se basa en los moriscos y no en los musulmanes en la época de su dominio. En la novela no habría una voz que asuma la posición del moro sino que la exaltación de los personajes se da por igual para los dos caballeros, e incluso, por momentos, el cristiano aparece por sobre el moro. Contraria a esta teoría es la que postulan otros estudiosos españoles que ven en esta novela el punto de partida de esta tendencia por la imagen del moro que fabrica y por la capacidad del cristiano de asumir la voz del moro frente al padre de Jarifa y la compasión y conmiseración que tiene con su prisionero.

Independiente de cual de las teorías es más certera, pues siempre va a depender de la interpretación del receptor, si es cierto que esta novela se erige como una de las más importantes del género morisco en España; nos muestra un pasado histórico envuelto en una exquisita ficcionalidad que le permite reunir en paz a hombres de dos religiones en pugna, que permite la consumación de un matrimonio caballeresco y que consigue la amistad de dos hombres virtuosos que en un contexto fronterizo se encuentran en condiciones desfavorables para los valores humanos pero que logran sobrepasar esta barrera y hacer triunfar a la generosidad basada en ideales que se acercan al Renacimiento que ya comienza.

## A modo de conclusión

No podríamos poner en duda la relevancia de los moriscos para la historia de España. Más que como un grupo social minoritario, y muchas veces marginal, es importante el hecho de que se convirtieron en los herederos de la religión musulmana y la cultura árabe – islámica en contexto hispánico. Pese a encontrarse cada vez más disminuidos, a medida que avanzaba la Reconquista, en los moriscos, podríamos decir, se condensa el intercambio cultural que tanto tiempo estuvo presente en el espacio español.

Probablemente es por todo lo anterior que la literatura, como un reflejo de los procesos sociales que se estaban desarrollando, suscitó el comienzo del ‘género morisco’ que en el siglo XVI tenía como principales exponentes a los romances fronterizos y moriscos y al *Abencerraje* y la hermosa *Jarifa*. La literatura morisca fomentó la idealización del moro a la que llamó ‘maurofilia literaria’. En este caso los cristianos escribían sobre sus enemigos de antaño ‘creando’ una imagen fantasiosa y exótica que en la mayoría de los casos se alejaba de la realidad.

Fue tanto el gusto que los nobles españoles adquirieron por ‘lo moro’ que se instauró lo que se llamó ‘moda morisca’; en ésta se imitaba el estilo y vestimenta de los moros, así:

*“El Archiduque y el Almirante [Fadrique Enríquez], y los caballeros mayores del Rey y monseñor, iban vestidos a la morisca, muy lujosamente. Llevaban albornos de terciopelo carmesí y de terciopelo azul, todos bordados a la morisca. La parte baja de sus mangas era de seda carmesí, y además de eso grandes cimitarras, y también capas rojas, y sobre sus cabeza llevaban turbantes. (...) Y dijo el Rey a Monseñor que de esta manera Hacén los moros escaramuzas contra los cristianos.”*[Note75.](#)

Parecido es lo que ocurre en *El Abencerraje*, en el comienzo del relato, los cristianos están escondidos y el moro va pasando; los españoles quedan anonadados mirando:

*“Y mirando con más atención, vieron venir por donde ellos iban un gentil moro en un caballo ruano; él era grande de cuerpo y hermoso de rostro y parecía muy bien a caballo. Traía vestida una marlota de carmesí y un albornoz de damasco del mismo color, todo bordado de oro y plata. Traía el brazo derecho regazado y labrada en él una hermosa dama Y en la mano una gruesa y hermosa lanza de dos hierros.”*[Note76.](#)

Esta descripción, muy concordante con la anterior, demuestra el interés que provocaban los moros. Esto es curioso pues en esa época los moriscos aún vivían entre los cristianos por lo que no eran figuras extrañas. Por otro lado, la imagen que aparece en esta novela no sea del todo real pues, ya cercana la expulsión, los moros nobles seguramente ya se habían marchados y los que quedaban eran campesinos y trabajadores.

Sería difícil saber porque los cristianos comenzaron a ‘crear’ este tipo de imágenes de los vencidos. Se puede percibir cierta nostalgia por lo que se ha marchado, por lo que ya no es una realidad; probablemente precisamente sea esto lo que permite hacer funcionar la imaginación, individual y colectiva, y guiarla hacia una imagen fantástica y exótica que sin duda ayuda a la ‘creación’ de Oriente por parte de Occidente.

Es importante el hecho de que la historia más conocida de los moriscos o últimos musulmanes en España, sea contada, muchas veces, desde la memoria colectiva que ha guardado una imagen creada siglos atrás. Aún hoy en día, la literatura y el cine, nos llevan a un Oriente que se configura como un espacio de placer que llama a ser visitado de una manera sensual. Sin embargo, la realidad nos demuestra que cuando Oriente intenta entrar, tal y como es, a Occidente es amenazado, homogeneizado y muchas veces acallado.

Por último, es interesante notar que la literatura se erige como un reflejo de lo que ocurre en la sociedad; si bien nos lleva a un mundo de ficción también nos pone en contacto con o que somos y fuimos.

## A modo de conclusión

No podríamos poner en duda la relevancia de los moriscos para la historia de España. Más que como un grupo social minoritario, y muchas veces marginal, es importante el hecho de que se convirtieron en los herederos de la religión musulmana y la cultura árabe – islámica en contexto hispánico. Pese a encontrarse cada vez más disminuidos, a medida que avanzaba la Reconquista, en los moriscos, podríamos decir, se condensa el intercambio cultural que tanto tiempo estuvo presente en el espacio español.

Probablemente es por todo lo anterior que la literatura, como un reflejo de los procesos sociales que se estaban desarrollando, suscitó el comienzo del ‘género morisco’ que en el siglo XVI tenía como principales exponentes a los romances fronterizos y moriscos y al *Abencerraje* y la *hermosa Jarifa*. La literatura morisca fomentó la idealización del moro a la que llamó ‘maurofilia literaria’. En este caso los cristianos escribían sobre sus enemigos de antaño ‘creando’ una imagen fantástica y exótica que en la mayoría de los casos se alejaba de la realidad.

Fue tanto el gusto que los nobles españoles adquirieron por ‘lo moro’ que se instauró lo que se llamó ‘moda morisca’; en ésta se imitaba el estilo y vestimenta de los moros, así:

*“El Archiduque y el Almirante [Fadrique Enríquez], y los caballeros mayores del Rey y monseñor, iban vestidos a la morisca, muy lujosamente. Llevaban albornoces de terciopelo carmesí y de terciopelo azul, todos bordados a la morisca. La parte baja de sus mangas era de seda carmesí, y además de eso grandes cimitarras, y también capas rojas, y sobre sus cabeza llevaban turbantes. (...) Y dijo el Rey a Monseñor que de esta manera Hacien los moros escaramuzas contra los cristianos.”*<sup>Note75.</sup>

Parecido es lo que ocurre en *El Abencerraje*, en el comienzo del relato, los cristianos están escondidos y el moro va pasando; los españoles quedan anonadados mirando:

*“Y mirando con más atención, vieron venir por donde ellos iban un gentil moro en un caballo ruano; él era grande de cuerpo y hermoso de rostro y parecía muy bien a caballo. Traía vestida una marlota de carmesí y un albornoz de damasco del mismo color, todo bordado de oro y plata. Traía el brazo derecho regazado y labrada en él una hermosa dama Y en la mano una gruesa y hermosa lanza de dos hierros.”*[Note76.](#)

Esta descripción, muy concordante con la anterior, demuestra el interés que provocaban los moros. Esto es curioso pues en esa época los moriscos aún vivían entre los cristianos por lo que no eran figuras extrañas. Por otro lado, la imagen que aparece en esta novela no sea del todo real pues, ya cercana la expulsión, los moros nobles seguramente ya se habían marchados y los que quedaban eran campesinos y trabajadores.

Sería difícil saber porque los cristianos comenzaron a ‘crear’ este tipo de imágenes de los vencidos. Se puede percibir cierta nostalgia por lo que se ha marchado, por lo que ya no es una realidad; probablemente precisamente sea esto lo que permite hacer funcionar la imaginación, individual y colectiva, y guiarla hacia una imagen fantasiosa y exótica que sin duda ayuda a la ‘creación’ de Oriente por parte de Occidente.

Es importante el hecho de que la historia más conocida de los moriscos o últimos musulmanes en España, sea contada, muchas veces, desde la memoria colectiva que ha guardado una imagen creada siglos atrás. Aún hoy en día, la literatura y el cine, nos llevan a un Oriente que se configura como un espacio de placer que llama a ser visitado de una manera sensual. Sin embargo, la realidad nos demuestra que cuando Oriente intenta entrar, tal y como es, a Occidente es amenazado, homogeneizado y muchas veces acallado.

Por último, es interesante notar que la literatura se erige como un reflejo de lo que ocurre en la sociedad; si bien nos lleva a un mundo de ficción también nos pone en contacto con o que somos y fuimos.

# BIBLIOGRAFÍA

1. Anónimo: *Romancero General* (recogidos, ordenados, clasificados y anotados por Agustín Durán). Biblioteca de Autores Españoles. Madrid: ediciones Atlas, 1945.
2. Anónimo: *El Abencerraje (Novela y Romancero)* (Francisco López Estrada ed.). Madrid: Cátedra, 2000.
3. Anónimo: *El Abencerraje y la hermosa Jarifa* (Francisco López Estrada ed.). Salamanca: Anaya, 1965.
4. Anónimo: *Romancero Español* (selección, estudios y notas de Alfonso M. Escudero). Santiago: Nascimento, 1976.
5. Ahumada Peña, Haydeé: *De amor y dolor. Mujeres y sentimientos en la jarchas y Abencerrajes*. En: [http://www.virtual-spain.com/literatura\\_espanola-jarchas.html](http://www.virtual-spain.com/literatura_espanola-jarchas.html)
6. Caro Baroja, Julio: *Los Moriscos del Reino de Granada*. Madrid: Istmo, 1991.
7. Casaldueiro, Joaquín: 'El Abencerraje y la hermosa Jarifa: composición y significado' en: *La creación literaria de la Edad Media y del Renacimiento*. Madrid: ediciones José Porrúa Turanzas, 1977.
8. Cervantes, Miguel de: 'La vuelta al hogar' (capítulo V, I parte) en *Don Quijote de la Mancha*. Sao Paulo: Edición del cuarto centenario, 2004.
9. Epalza, Míkel de: *Los moriscos antes y después de la expulsión*. Madrid: Mapfre, 1992.
10. Goytisolo, Juan: *Crónicas Sarracinas*. Madrid: Alfaguara, 1998.
11. Guillén, Claudio: 'Individuo y ejemplaridad en El Abencerraje' en: *El primer siglo de oro. Estudios sobre géneros y modelos*. Barcelona: Crítica, 1988.
12. Menéndez Pidal, Ramón: *Flor Nueva de Romances viejos*. Madrid: Espasa Calpe, 1973.
13. ----: *Mis páginas preferidas. Estudios lingüísticos e históricos*. Madrid: Gredos, 1957.
14. Menéndez y Pelayo, Marcelino: 'Novela histórica de asunto morisco: El Abencerraje de Antonio de Villegas' en: *Origen de la novela*, Tomo III. Buenos Aires: Glem, 1945.
15. Reglá, Juan: 'La época de los tres primeros Austrias' en: *Historia social y económica de España y América* (dirigida J. Vicens Vives), Vol. III. Barcelona: Vicens Vives, 1985.
16. Scarca, Roque Estebán: *Lecturas medievales españolas*. Santiago: Zig – Zag, 1941.
17. Varios autores: *Islam: Arte y Arquitectura* (M. Hattstein y P. Delius editores). Barcelona: Könemann, 2000.